

**Las dimensiones de las nuevas movilizaciones sociales:
las asambleas barriales (segunda parte)¹**

Por Maristella Svampa

Equipo de Trabajo: Mariana Barattini,

Damián Corral y Marina García

25 de Noviembre de 2002

1. Las asambleas como espacio multidimensional

Nadie podría negar que las asambleas barriales constituyen uno de las expresiones más novedosas de las movilizaciones sociales que vienen desarrollándose desde el 19 y 20 de diciembre de 2001. Por encima de la heterogeneidad que caracteriza a este movimiento, creemos que el proceso asambleario ha ido configurando un suerte de espacio en el cual se entrecruzan diferentes dimensiones.

En primer lugar, las asambleas barriales constituyen un espacio de organización y de deliberación que se piensa en ruptura con las formas tradicionales de representación política y en favor de otras formas de auto-organización de lo social, con aspiraciones a la horizontalidad y proclives al ejercicio de la acción directa.

En segundo lugar, las asambleas expresan la emergencia disruptiva de un nuevo protagonismo, a la vez indisolublemente político y social, que quebró el fatalismo discursivo-ideológico de los '90, devolviendo a los individuos la capacidad de devenir verdaderos actores de la vida pública; en definitiva, de convertirse en sujetos del propio destino, tanto individual como social. En esta dirección, las asambleas traían consigo la promesa de la creación de espacios de solidaridad y de confianza, a partir de los cuales (re)construir los lazos sociales, tan socavados y mercantilizados tras una década de neo-liberalismo

En tercer lugar, y acotando lo anterior, estas nuevas experiencias reposicionaron a las clases medias, sobre todo de la ciudad de Buenos Aires, en un lugar importante de la escena política. En efecto, las asambleas barriales han surgido también como un espacio de reconstitución de la identidad política de las clases medias, tentativa que reconoce

¹ La primera nota titulada "Las dimensiones de las nuevas protestas sociales" fue escrita en marzo de este año y publicada en **El Rodaballo**, invierno de 2002. El presente artículo fue publicado en la revista *El ojo mocho*, Buenos Aires, Marzo de 2003.

como punto de partida, sin embargo, su fragmentación y heterogeneidad actual, en contraposición a cierta homogeneidad cultural y mayores perspectivas de integración social que tuvieron en el pasado. En realidad, aún en medio de la crisis de participación y organización que actualmente las atraviesa, las asambleas continúan reuniendo a diferentes sectores de las clases medias y medias-bajas, que desde hace años vienen padeciendo los efectos excluyentes del actual modelo socio-económico. Así, entre ellos encontramos trabajadores empobrecidos y, cada vez más, un conjunto de desocupados de diferentes procedencias, además de jóvenes con expectativas radicales, muchos de los cuales realizan en este espacio su primera experiencia política. En ciertos barrios hay que incluir una importante presencia de clases medias profesionales, cuyo protagonismo aparece tan asociado a la vida de la rica y cosmopolita ciudad de Buenos Aires. En fin, es innegable que como primer corolario de este cuadro de situación, las asambleas emergieron, grados de heterogeneidad social mediante, según los barrios, como un espacio de cruce entre actores sociales con diferentes “oportunidades de vida”.

Por último, a fin de situar en perspectiva histórica el fenómeno que analizamos aquí, nos interesa presentar una cronología esquemática que contempla algunos de los momentos e hitos más importantes que caracterizan el movimiento asambleario.

1. Enero- febrero: etapa de constitución de las asambleas barriales y de la Interbarrial de Parque Centenario. En esta fase el “cacerolazo” aparecía como la clave identificatoria del incipiente movimiento. Es el período de mayor efervescencia. Los plenarios generales contaban con la participación de 100-150 personas por asamblea .

2- A partir de febrero-marzo comienzan a funcionar plenamente las diferentes comisiones (de salud, de política, de prensa, de desocupados, entre otras), lo cual favoreció el proceso de discusión y de recuperación de la capacidad de acción.

3- El 24 de marzo las diferentes asambleas barriales de la Capital y el Conurbano Bonaerense hacen su primera aparición pública en un acto político, el de repudio al golpe de Estado militar de 1976, con largas columnas de “vecinos”, que contrastaron vivamente con la ausencia de pancartas y adherentes a los partidos políticos tradicionales.

4. La disputa por la conducción del movimiento asambleístico por parte de los diferentes partidos de izquierda tradicional (MST, PC, PTS y PO), potenció la tendencia a la fragmentación que desde el principio había mostrado el movimiento asambleístico (pese a la realización de la Primera Asamblea Interbarrial Nacional), al tiempo que produjo la desertión de vecinos independientes. El acto del 1 de mayo constituyó un punto de inflexión, que implicó una primera gran división del movimiento asambleario, frente a las

fuertes presiones de los partidos políticos de izquierda, realizadas desde las asambleas de base y desde la Interbarrial de Parque Centenario, convocando a sus propios actos partidarios.

5- Durante el mes de mayo, la presión de los vecinos independientes nucleados en las diferentes asambleas produce un cambio sustantivo en el carácter de la Asamblea Interbarrial de Parque Centenario. De la consigna “un hombre, un voto”, se pasa a aquella de “una asamblea, un voto”. En suma, la Interbarrial se constituye en una instancia de representación de “segundo grado”.

6. También durante el mes de mayo se crea una tercera instancia de deliberación, por encima de la Asamblea Interbarrial, llamada comúnmente “Colombres” (por el nombre de la calle en la cual se reúnen habitualmente). Este nuevo espacio de articulación es abiertamente partidario (a diferencia de la asamblea interbarrial que no puede serlo, al menos explícitamente), y surge como producto de la presión de los partidos de izquierda que hegemonizan la Asamblea Interbarrial (principalmente MST y PO), constituyéndose, para la queja de otras agrupaciones y de militantes independientes, *en la última instancia de decisión asamblearia*.

7. Durante el mes de julio, son varias las asambleas que realizan tomas de diferentes locales desocupados que pertenecen, en su mayoría, al Banco Provincia de Buenos Aires y al Banco Mayo. Estas ocupaciones (que alcanzan entre 11 y 13, aproximadamente) no encuentran difusión en los medios de comunicación. Pese a ello, y con una celeridad sorprendente, la justicia inició demandas de desalojo y algunos allanamientos judiciales a los locales ocupados.

8. A partir del mes de septiembre y octubre, aparece como central el vínculo que las asambleas barriales desarrollan con los cartoneros. Estas relaciones “desiguales” van desde la asistencia y la cooperación (vacunación de cartoneros, ollas populares), a la confrontación más extrema (enfrentamiento en los locales ocupados por asambleístas, pero “sostenidos” por la permanencia *in situ* de los cartoneros).

En síntesis, las asambleas han sido y son un complejo espacio en el cual se entreveran, de manera desigual estas diferentes dimensiones y, seguramente, algunas otras más que se nos escapan. Sin embargo, desde el inicio este espacio multidimensional estaba atravesado por diferentes tensiones y ambivalencias, cuya persistencia y cristalización ponían en riesgo esa misma dinámica inaugural. En la actualidad no son pocos los que se interrogan sobre las razones de la crisis y

fragmentación del movimiento asambleario así como acerca del sentido y la dirección que ha tomado aquel conjunto originario de dimensiones interpelantes.

Lo que sigue es una aproximación exploratoria sobre algunas de las ambivalencias y tensiones que recorren el movimiento, las cuales, a once meses de su surgimiento, tienden, en algunos aspectos, a encontrar una resolución más bien negativa. Pero antes de centrarnos en estas tensiones nodales, bien vale la pena que despleguemos cuáles son, desde nuestro punto de vista, las concepciones que las asambleas vienen desarrollando del vínculo político y, de manera más precisa, la manera en qué estas cuestionan el actual sistema de representación política.

2. La concepción del vínculo político y la cuestión de la representación

Para referirnos a la manera en que las asambleas piensan el vínculo político, permítasenos utilizar libremente una imagen del filósofo G.Simmel, considerado el pensador de la “disociación” por excelencia, y que creemos sintetiza los aspectos más novedosos de este proceso: nos referimos a las imágenes del “puente” y de “la puerta”. Digámoslo brevemente: mientras que “el puente” contiene la idea de vínculo y ligazón, a través del reconocimiento del movimiento de separación como momento instituyente, la alegoría de “la puerta” implica la afirmación de la escisión y conlleva la imagen del repliegue, del cierre, aun si parte de una apertura originaria. Así, a través de la figura del “puente” podemos vislumbrar aquellas tendencias que postulan la necesidad de recomposición del sistema político y abogan por una política de la participación “desde abajo”. A través de la imagen de la “puerta” aparecen ilustradas aquellas posiciones que postulan la separación con respecto al sistema político representativo, a partir de la construcción de esferas de contrapoder, en el límite, de una sociedad paralela sostenida por nuevos espacios de sociabilidad y economías alternativas.

Sin embargo, nadie podría ignorar que, desde el principio, más acá del “puente” y de la “puerta”, en las asambleas barriales encontramos aquellos que sostienen una concepción del poder y de la acción política en términos de “sustitución” revolucionaria del sistema vigente. A la hora actual, esta posición es ilustrada por las estructuras partidarias de izquierda, algunos de cuyos dirigentes y militantes han mostrado en términos ideológicos y prácticos una escasa voluntad por revisar ciertos ejes fundamentales del marxismo más dogmático (sobre todo en lo que concierne a tres puntos fundamentales, a saber: el sujeto histórico, el rol de la organización y la concepción del poder), así como

una ceguera mayor y una carencia absoluta de autocrítica, a la hora de las disputas internas por el control y dirección de las diferentes asambleas de base y las instancias de segundo (Interbarrial) y tercer grado (Colombres) que han surgido con el correr de los meses.

Por otro lado, tanto el “puente” como la “puerta” cuentan con importantes precedentes dentro del movimiento piquetero, aun si las nuevas formulaciones y experiencias aparecen como frágiles o poco consolidadas, cuando no surcadas por la constante y renovada tentación argentina de recrear “lo nacional y popular” en el seno de lo nuevo (¡como si esa “modalidad ideológica” tuviera posibilidades ciertas, a esta altura de nuestra historia, -décadas de frustración política lo atestan-, por fuera del partido peronista!). Por otro lado, hay que tener en cuenta también que en los dos últimos años, algunos partidos de izquierda, muy proclives al preformateado discurso sustitucionista, pasaron muy rápidamente de la crítica al asistencialismo (y otras disquisiciones más eruditas acerca del lugar de los desocupados, que no podemos desarrollar aquí) a la vertiginosa apropiación de los métodos de acción y organización piquetera. No es casual, pues, que estas organizaciones tiendan a desarrollar una relación instrumental con respecto a las nuevas formas de organización territorial que vienen gestándose desde abajo.

Sin duda, las dos orientaciones políticas más novedosas son aquellas que, oscilando siempre en la tensión entre el “puente” y la “puerta”, se sitúan en la izquierda, aunque no encuentren un encuadre específicamente partidario: entre aquellos que se orientan hacia una política desde la participación, a través de la combinación de formas de democracia directa y democracia participativa, y aquellos otros que impulsan una política de la no-representación, a través de la creación de formas de organización y sociabilidad alternativas, como nuevas expresiones del poder. Ambas son visiones que colocan en su horizonte de construcción la incertidumbre y la contingencia, reconociendo, en última instancia, la complejidad y la ambivalencia creciente de los procesos sociales como ejes de la acción política contemporánea.

Sin embargo, a esta altura de las cosas, creemos que una de las asignaturas pendientes es la de volver a colocar en el debate, no tanto a partir del “puente” como más bien desde la “puerta”, la cuestión general del poder, en toda su complejidad, pero sin renunciar de entrada a la posibilidad de pensar y tratar de hacer coincidir gran parte de sus dimensiones problemáticas.

3. En los extremos del desajuste: saber partidario y saber experto

Bueno es recordar que, además de los partidos políticos de izquierda, desde el comienzo, hubo muchos intelectuales y profesionales de las ciencias sociales que se sumergieron de lleno en estas nuevas experiencias, buscando aunar, desde distintas perspectivas, la doble función del analista y el actor. Sin embargo, también en el inicio, esta doble empresa se encontró con un obstáculo mayor, pues la dinámica asamblearia iba acompañada por una fuerte exigencia “niveladora”: todos eran “vecinos” y ninguna identidad parcial, sea partidaria o profesional, podía arrogarse una relación especial con el saber. En fin, si la impugnación aparecía como radicalmente novedosa, era también porque ella alcanzaba de manera indiferenciada cualquier tipo de discurso preformateado.

La figura del “vecino” devino, pues, central, aún si ésta aparecía como una suerte de invocación a un colectivo amplio que nadie se preocupaba demasiado por especificar. Pero, por encima de su inespecificidad, durante los primeros tiempos, la figura del “vecino” resultó sumamente funcional a la hora de establecer fronteras, sobre todo frente a los avances reiterados de las identidades “parciales”. Luego, con el correr de los meses, el reconocimiento de los diferentes perfiles políticos y profesionales que componen el paisaje de las asambleas barriales, fue dando peso y contenido a una nueva denominación, suerte de apelación identitaria mayor, encarnada en la figura del “*asambleísta*”. Más aún, en uno de sus sentidos, el “asambleísta” es aquél que se define a distancia del “vecino”, al tiempo que busca involucrarlo en la nueva construcción política, a través de diferentes actividades barriales.

Ahora bien, el pasaje del “vecino” al “asambleísta” expresa también un giro mayor que pone al descubierto el avance de las identidades “parciales”. Más claro, esta vuelta de tuerca conlleva un cambio de situación, en la cual se refleja el estallido de una de las tensiones nodales, inscripta en la dinámica original de este proceso, referidas tanto a la lucha abierta que los partidos de izquierda han entablado por conducir estos nuevos procesos como a la pugna menos explícita y supuestamente más desinteresada en la cual se deslizan ciertos intelectuales de izquierda, no encuadrados partidariamente. Ante esta situación es legítimo preguntarse si no nos encontramos frente a una feroz competencia de liderazgos, ilustrada no sólo por el visible accionar de los partidos políticos de izquierda, sino también por la pretensión del monopolio del saber experto que despunta

en ciertos intelectuales de izquierda, aunque ésta se haga en nombre de “las nuevas construcciones políticas”.

Sin embargo, aclaramos que nuestro interés no es el de indagar acerca del papel disgregador que han jugado los partidos de izquierda, sobre los cuáles se ha venido remachando tanto. Más bien, nos interesa preguntarnos acerca del actual impasse que atraviesan algunas asambleas de la Capital Federal, ahí donde los partidos políticos de izquierda precisamente no han tenido un rol relevante. Pues si bien resulta palpable, como bien expresó en cierta oportunidad un asambleísta de Palermo, que “los partidos políticos no pueden trabajar sobre la incertidumbre”, habría que preguntarse que sucedió en aquellas asambleas que no fueron fagocitadas por las pujas interpartidarias, puesto que los resultados en términos de construcción política tampoco han sido muy alentadores. ¿No valdrá la pena entonces revisar, allí donde se registra el eclipse del saber partidario, y más allá de la nueva fraseología, de las constantes apelaciones a “otras” concepciones del poder, de las insistentes declamaciones sobre las “nuevas formas de hacer política”, si el problema es no sólo la persistencia de ciertas prácticas políticas ligadas a la izquierda tradicional, sino más bien su combinación con otra forma de saber, el específicamente profesional? ¿No será éste el otro límite de las nuevas construcciones políticas? ¿No será que éstas se juegan en una suerte de tensión disociadora que da cuenta, in extremis, del doble peso de las prácticas militantes de la izquierda tradicional, ilustradas por un lado, a través de su asimilación con el saber partidario; por el otro, a partir de su convergencia con el saber experto?

Aclaramos que nuestra intención no es asimilar la figura del militante dogmático y formateado por el partido, que conoce todas las respuestas antes de que se le formule cualquier pregunta, al intelectual de izquierda o el profesional que saca a relucir una suerte de “seguridad normativa”, legitimada por una relación específica con el saber experto. En realidad, lo que nos interesa subrayar es que, en el extremo de esta tensión y detrás de la potenciación negativa de estos dos saberes en convergencia con las prácticas políticas, se diluye una oportunidad importante de dar forma verdaderamente novedosa y democrática a estos nuevos espacios.

Por otro lado, nótese que tanto el proceso simbólico como la situación de “desajuste” respecto de la experiencia social no es el mismo en uno y otro caso. Pues en su versión extrema, la combinación entre vieja práctica militante y saber experto refleja una situación de “inversión dependiente”, en la cual el sujeto dice haber renunciado a una

determinada matriz simbólica, pero sus prácticas continúan siendo informadas por esta misma matriz. En efecto, pese a la crítica, en este caso, de las formas de construcción de la “vieja” izquierda”, pese a la ilusión que el sujeto tiene de “salir” de ese marco, la cuestión es que la acción continúa desarrollándose bajo la impronta de éste. En cambio, en el límite, la situación del militante partidario es, más bien otra: la del alejamiento de la experiencia social, a partir de la sustitución de la realidad por un dispositivo simbólico.

Pero, volviendo al primer caso, no hay, en verdad, una reelaboración simbólica; cuanto más se trata de vacíos o de excesos simbólicos. Una vez más, las prácticas, a pesar de la autonomía simbólica enunciada, continúan dependiendo de otra matriz significativa a la cual, sin embargo, se dice haber cuestionado. El sujeto queda prisionero de una matriz a la cual cuestiona y de la cual, sin embargo, no logra despojarse por completo.

En su versión más matizada, en aquellas asambleas en donde hay una fuerte presencia de clases medias profesionales y el peso de los partidos políticos de izquierda no ha sido determinante, bien valdría la pena preguntarse si el “saber experto” no ha venido a reemplazar ese espacio vacío dejado por el saber político-partidario. ¿No ha sucedido acaso -en demasiadas oportunidades- que los plenarios terminan por convertirse en ilustradas disertaciones de profesionales, en el marco de una escasa predisposición para escucharse y de una lógica de impugnación argumentativa recurrente? Y ello más allá de la voluntad que muestran muchos otros asambleístas, sobre todo los más jóvenes, por paliar la acción corrosiva de un estilo poco cooperativo que alterna el comentario sarcástico con el tono catedrático.

Aquí, el riesgo no es solo que la asamblea termine por desdibujarse en una larga lista de oradores. Lo que está en juego es el lugar de las asambleas barriales como espacios de regeneración de los vínculos sociales. Así, por momentos el movimiento oscila erráticamente entre, por un lado, la exigencia de compromisos y obligaciones sobre nuevas bases solidarias, absolutamente necesarias para la recomposición del lazo social; por otro lado, la precariedad y contingencia que exhibe esa misma construcción es tal, que ésta aparece amenazada y corroida por el alto nivel de confrontación y una lógica de acción escasamente cooperativa entre los propios asambleístas. Más aún, la dificultad en la construcción de lazos sociales internos pone en cuestión la triple aspiración originaria, esto es, la horizontalidad de las relaciones, el respeto y la tolerancia de las diferencias y la búsqueda de salidas colectivas consensuadas.

En suma, la cuestión relativa a las diferentes concepciones de la política fue constituyendo el núcleo de una tensión originaria cuyo despliegue y aparente resolución negativa ha contribuido a pautar los límites mayores del movimiento: esto nos permite comprender por qué, pese a la demanda recurrente de horizontalidad, pese a la incesante toma de la palabra, pese a las innumerables invocaciones a la democracia directa, en fin, pese al ejercicio real y concreto de una suerte de democracia participativa reflejada en el trabajo barrial y en las discusiones internas, las asambleas han encontrado serias dificultades en instituirse en un lugar de construcción de consensos. En el límite, esta tensión interna entre las diferentes concepciones de la política y la afirmación, de facto, de una hegemonía partidaria, por un lado, y una hegemonía del saber experto, por el otro, marcan un impasse mayor, pues ponen al descubierto la dificultades por parte de las asambleas de convertirse en un verdadero espacio de deliberación política.

Es en este sentido que queríamos subrayar no sólo el rol disociador que ha jugado el saber político-partidario (del cual, insistimos, se ha hablado tanto) sino también la articulación poco feliz que es dable observar entre viejas prácticas políticas y saber experto. Pero si esto es así, bien vale la pena entonces detenerse un poco, hacer unos pasos, tomar distancia de los “lugares comunes” y preguntarse, a la vista de las prácticas políticas, cuál es la consistencia real de aquellas posiciones consideradas como “novedosas” (la política que oscila entre la participación y la no-representación). O, dicho de otro modo, ¿No será que más allá de la hegemonía partidaria o de la hegemonía del saber experto, la acción de las clases medias se torna inespecífica y tiende más bien a naufragar en el vacío político ideológico?

4. Sobre invasiones, compromisos, distancias y multipertenencias

En este penúltimo apartado quisiéramos reflexionar sobre lo que algunos denominan la difícil relación con “el objeto de estudio”. Antes que nada, y respecto de las asambleas hay algo importante que decir. Desde el comienzo las asambleas fueron literalmente invadidas por todo tipo de profesionales provenientes de las ciencias sociales: sociólogo/as, psicoanalistas, cientistas político/as, comunicólogo/as, entre las especies más numerosas.

Los que primero llegaron (llegamos), lo hicieron (lo hicimos) movidos por un compromiso y un interés en la propia dinámica asamblearia. Con el correr de los días y todavía en medio de un clima de gran efervescencia social, surgieron los primeros

debates y reflexiones acerca del rol de las asambleas, el protagonismo de las clases medias y su responsabilidad con respecto al modelo económico imperante en la última década.

Pero a medida que el proceso iba cambiando en su dinámica y reflejaba una cierta “crisis” de participación, también se fueron alejando aquellos científicos sociales, o a veces aprendices de expertos, proclives al “turismo asambleario” . Con esta expresión poco halagüeña nos referimos a aquellos estudiantes y profesionales que no llegaron para quedarse, sino que realizaron unas pocas incursiones, exhibiendo una curiosidad de tipo antropológica antes que un verdadero interés por comprender las nuevas lógicas de construcción política. Ciertamente que para algunos de ellos, el “turismo asambleario” resultaba más económico que el “turismo piquetero” (después de todo, uno podía elegir la asamblea del propio barrio), pero sobre todo, la problemática aparecía como más cercana, no sólo en términos geográficos, sino más bien culturales. ¿Después de todo, quién puede negar que no sea más fácil y menos riesgoso realizar un par de incursiones en la asamblea de Palermo o de Colegiales, que asistir a una reunión de la CCC en La Matanza?

Todos sabemos que sumergirse en aquellos otros mundos que uno tiende a situar visiblemente más allá de la avenida General Paz, puede resultar una experiencia dramática y sobrecogedora, de verdadera confrontación con la alteridad en todas sus expresiones. No es raro entonces que, en aquellos regresos al acotado universo de la academia argentina, uno/a salga siempre con la sensación de que está llevando “noticias de otros mundos”.

Pero volviendo al universo más próximo de las asambleas, no olvidemos incluir en este registro las recurrentes visitas de periodistas e investigadores extranjeros. A algunos de ellos solo se les puede reprochar que no entiendan la lengua de Cervantes y desde ahí quizá podamos comprender porqué nunca han superado la fase del primer acercamiento. A otros se les puede interpelar un poco más allá, y señalar que si bien es cierto que la Argentina se ha constituido en una suerte de “laboratorio social”, la imagen habla más de un proceso siempre abierto y conflictivo, antes que de un “modelo asegurado” que prescribe acciones y soluciones determinadas.

Por último, están aquellos otros, investigadores y/o intelectuales que entablaron otro tipo de vínculo con las nuevas movilizaciones. Esos son los que, como el “extranjero” de Simmel, llegaron para quedarse. Y algunos ya estaban desde hacía un buen tiempo. Claro que los hay del más variado pelaje: entre ellos, destacamos como aporte valioso el

de aquellos partidarios de un tipo de investigación militante, que plantea una reflexión desde una situación de inmanencia, y con ello el no-reconocimiento entre un “adentro” y un “afuera”. Por otro lado, están también aquellos que terminan por fundirse con el movimiento y no vacilan en exigir de manera acrítica y hasta absolutista la necesidad de disolver la frontera entre el actor y el analista, en nombre de un saber colectivo, por demás indecible.

En realidad, nunca hemos creído que exista una única y cierta manera de abordar o producir el conocimiento, como tampoco creemos que en los extremos de esta relación con el conocimiento se encuentren, por un lado, la distancia objetivante del positivismo o el bastardeo malsano de ciertas formas periodísticas y, por otro lado, el noble y épico involucramiento del investigador militante o el militante investigador. No hay una única manera de abordar metodológicamente o de definir el proceso de conocimiento. ¿Acaso entre los tantos que hoy defienden la construcción en nombre del respeto por la diversidad y en defensa de las nuevas alternativas políticas; más aún, entre aquellos que dicen partir de la crisis de los paradigmas epistemológicos clásicos, existe alguien que pueda arrogarse la clave ética y epistemológica en la construcción del objeto de conocimiento?

En este sentido, tendemos a pensar, más modestamente, que es posible construir conocimiento en esa suerte de vaivén inestable o equilibrio cambiante entre, por un lado, el compromiso con una realidad que nos envuelve y nos atraviesa fuertemente y, por el otro, el obligado distanciamiento crítico. Retomando a Norbert Elías, hay que partir de un doble reconocimiento: primero, nadie nos asegura una convivencia ordenada de esta interrelación; segundo, de esta interrelación depende no sólo la producción de conocimiento, sino también la vida social, pues “ésta se quebraría si uno de estos dos impulsos avanzara demasiado en una de estas dos direcciones”. El verdadero desafío consiste, pues, en que “los impulsos hacia el compromiso y los impulsos hacia el distanciamiento se mantengan en jaque unos a otros”. Subrayamos, por si quedara alguna duda.

Por último, queríamos agregar algo acerca de la tarea del investigador como intelectual. Somos conscientes de que hace tiempo la Argentina se ha convertido es un país caracterizado por una fragmentación social creciente. En su interior, coexisten numerosas y disímiles sociedades, con zonas de regulación diferente, con recursos muy desiguales y niveles organizativos diversos. Hoy podemos ver cómo la heterogeneidad y

la fragmentación aparecen como los rasgos más notorios del diversificado mundo popular. En rigor, deberíamos hablar por lo menos de la coexistencia de dos universos mayores dentro de los cual toma forma lo popular en la Argentina de hoy: en primer lugar, está aquel universo constituido por las redes políticas clientelares, entre las cuales se destacan las distintas manifestaciones del clientelismo afectivo peronista. En segundo lugar, está aquel universo multiforme y novedoso que conforman las organizaciones sociales y comunitarias, entre las cuáles los piqueteros aparecen como uno de los actores más movilizados, pero sólo constituyen la punta del iceberg de un mundo comunitario más amplio. Analizar hasta dónde se confrontan, se entrecruzan o se ignoran estos dos mundos, a su vez altamente diferenciados en su interior, es una tarea que se impone para cualquier científico social que se precie hoy de intelectual. Pero esta tarea plantea a su vez un desafío y, a decir verdad, varias incomodidades, de las cuales vamos a enunciar una sola: por un lado, el desafío de vincular la investigación académica con aquellos otros mundos distantes (al menos para la academia), en una mirada que refleje algo más que el afán de transmitir una profunda y por momentos incomunicable experiencia antropológica. La incomodidad aparece allí donde se expresa la exigencia de la tarea intelectual desde la multipertenencia. Sin duda, en distintos momentos los universos por los cuales transitamos nos pueden plantear conflictos de afiliación o de pertenencia, generando múltiples y profundos malestares éticos e ideológicos. Pero, en definitiva ¿quién podría negar la naturaleza anfibia del intelectual, uno de cuyos mayores desafíos consiste precisamente en no renunciar a la multipertenencia, sino más bien en tratar de pensar creativamente en los cruces, en los puentes, en las articulaciones, aun fugaces y precarios, entre aquellos universos tan diferentes?

5. Acerca del rol siempre ¿incumplido o incabado? de las clases medias²

Quisiéramos terminar estas líneas retomando, en perspectiva histórica, ciertos tópicos clásicos ligados al rol de las clases medias. Aunque existen sin duda un sinnúmero de interpretaciones respecto de las clases medias argentinas, todas ellas coinciden en afirmar el rol integrador que durante casi un siglo éstas desarrollaron en la sociedad argentina. Así, hacia los años '50, tanto la interpretación política como la sociológica subrayaron el papel modernizador que debían asumir dichos sectores. Sin

² Este apartado retoma partes ya publicadas en el libro *Los que ganaron. La vida en los countries y en los barrios privados*, Buenos Aires, Biblos, 2001, cap.1 y conclusión.

embargo, pese al optimismo inicial, poco después, las lecturas dejaron traslucir una honda decepción, pues concluyeron que las clases medias habían asumido de manera incompleta el rol modernizador, a lo que había que añadir, casi como una constante, la reacción política conservadora en contra del avance de los sectores populares.

Es sabido que el proceso de modernización cultural de los '60 tuvo a las clases medias como uno de los actores centrales. Este tomó un nuevo giro político a fines de esa década y principios de los setenta, al vislumbrarse la posibilidad de articulación con los sectores populares. Así, como no dejaba de advertir la literatura política de la época, la alianza entre los sectores medios y los sectores populares se tomaba –por fin- real y posible, gracias a la peronización de la juventud, en gran parte procedente de las clases medias antiperonistas. Amén de ello, la peronización de la juventud y de los sectores intelectuales venía a expresar –consciente o inconscientemente- la aspiración por borrar las imágenes de un pasado no lejano, en el cual la acción de las clases medias aparecía marcada por un doble estigma: respecto de las clases dominantes, por la imitación cultural; con relación a los sectores populares, por el antiperonismo. Así, en un solo movimiento, la adhesión al peronismo sintetizaba una doble voluntad, la de alejarse del recuerdo del “mimetismo” vernáculo (y del “medio pelo”)y, sobre todo, la urgencia por expulsar aquellas imágenes referidas a la “traición” política hacia los sectores populares.

Esta fue, sin duda, la época de oro de las clases medias, pues no sólo celebraron una cierta autonomía cultural respecto de las clases dominantes, sino también la integración política con los sectores populares. Como no había sucedido en ningún otro período de su historia, las clases medias desarrollaron entonces una gran confianza en su capacidad de acción histórica. ¿Suerte de clímax que anticipa la tragedia política y la fragmentación social posterior?

El golpe de Estado de 1976 significó la puesta en acción de un nuevo modelo que apuntó a la desmovilización y represión política al tiempo que señaló una nueva orientación económica. La reconfiguración de la sociedad argentina estaba en marcha, aun si las transformaciones de los diferentes sectores sociales se harían visible a la salida de la última dictadura militar. Por ello, los años '80 significaron una dura auto-confrontación de las clases medias con la experiencia traumática de la pobreza. Una vuelta de tuerca que la sociología se encargaría de describir en términos “diversidad de situaciones” al interior mismo del colectivo de las clases medias, a partir del reconocimiento de “la heterogeneidad social de las pobrezaas”.

Por último, las transformaciones introducidas durante los '90 terminaron por abrir una gran brecha en la sociedad argentina, acentuando los procesos de polarización y vulnerabilidad social. Con una virulencia nunca vista, dicho proceso pondría al descubierto un notorio distanciamiento al interior mismo de las clases medias. En efecto, por debajo de la euforia neoliberal, la nueva dinámica expresaba la transformación de las pautas de movilidad social ascendente y descendente: en el medio de la turbulencia de este proceso, los sectores medios se estrecharon, la corriente de movilidad social descendente arrastró a numerosas categorías fuera del colectivo de las clases medias, mientras que otros sectores, caracterizados por una mejor articulación con las nuevas estructuras del modelo, se vieron beneficiados –aun si algunos, solo transitoriamente- por un ascenso social.

El proceso de movilidad social descendente tomó una dimensión colectiva que arrojó del lado de los “perdedores” a grupos sociales que formaban parte de las clases medias asalariada y autónoma: franjas de empleados, técnicos y profesionales del ámbito público, ligados a la administración, la educación y la salud; cuentrapropistas, empresarios y comerciantes colocados en una irresistible posición de desigualdad ante la apertura a las importaciones y la entrada de nuevas formas de comercialización; propietarios rurales cuyo destino aparecía ligado a economías regionales, consideradas poco dinámicas o “inviabiles”.

Así, la segmentación social fue cristalizando una fractura intraclase que es necesario leer en dos tiempos diferentes: a fines de los años '80, el proceso de empobrecimiento de ciertas franjas de las clases medias aparece muy asociado a la inflación y, posteriormente, a la crisis hiperinflacionaria. En todo caso, el deterioro salarial y la pérdida de poder adquisitivo fueron generando no sólo cambios en los consumos sino un nuevo repertorio de estrategias de sobrevivencia, sobre todo respecto de la gestión de los servicios públicos (salud y educación). Sin embargo, la fractura registra una inflexión mayor a mediados de los '90, cuando asistimos a una suerte de reproducción ampliada de las diferencias intraclase, visibles en los estilos de vida, los modelos de socialización y las formas de sociabilidad. Más simple, para diferentes sectores empobrecidos y en contraposición con otros estratos de las clases medias y medias-altas, la instalación en una zona de vulnerabilidad terminó por consumir un hiato mayor que se tradujo en términos de reducción de oportunidades de vida. Lejos estamos ya de aquellas encuestas de los años 80, que mostraban que más del 70% de la población argentina se posicionaba

dentro de los sectores medios, pues la pauperización puso en cuestión esta autoclasificación fundamental.

Desde el costado de los “perdedores”, a mediados de los ‘90, luego de la crisis del tequila y en medio del aumento de la tasa de desocupación, comenzaron a gestarse nuevos ámbitos de intercambio entre los protagonistas de la caída social, que poco a poco fueron dando origen a otras estrategias de supervivencia y, quizá, a una tentativa de construcción de nuevas formas de sociabilidad. Nos referimos específicamente al trueque, actividad que naciera hacia 1995, como una organización estructurada en base a redes. Desde la perspectiva de los “ganadores”, los nuevos lazos sociales y culturales que fueron construyéndose durante los años ‘90 mostraron una rearticulación basada, por un lado, en la valorización de la performance individual y, por otro lado, de la asunción de nuevos estilos de vida centrados en la regulación privada. Por último, también hay que incluir a aquellos que mantuvieron mal que bien sus posiciones a lo largo de la década de los ‘90 y que sin adherir fervorosamente a la “utopía privatista” que proponía un modelo de ciudadanía cuyo eje era la inclusión selectiva por el consumo, terminaron por adoptar una posición pragmática, cerraron los ojos y aceptaron las “ventajas” que éste ofrecía, hasta el último minuto que precedió al estallido final. Algunos quedaron presos de esa imagen, con sus ahorros incautados y salieron con la furia entre las manos a martillar los blindex de los bancos.

Estos cambios tanto políticos como sociales que fueron registrándose durante los ‘90 tuvieron varias lecturas: en primer lugar, hubo un discurso sociológico sobre la descomposición social, al cual nosotros suscribimos en varios textos, que hacía hincapie en el colapso de las clases medias como actor articulador. En este sentido, afirmábamos que las clases medias no habían dejado de ser un actor significativo de la sociedad argentina, pero su composición heterogénea, que seguramente se iría acentuando, y la pérdida de lazos culturales y sociales al interior de las mismas, tornaba imposible pensarlas como un actor con capacidad de jugar un rol integrador en la sociedad, sea de naturaleza social o político. En segundo lugar, hubo un discurso que criticaba a la franja más exitosa de las clases medias, a causa del abandono que ésta había hecho del espacio público, a partir de la adopción, por momentos compulsiva, de un modelo de ciudadanía centrado en el consumo, en el cual se aunaban casi perversamente individualismo y despolitización. Por último, otra cuestión que llamaba la atención era el menguado protagonismo social de las clases medias, pues aun de aquellas que hablaban

en nombre de la regeneración ética y contra la corrupción, exhibían una suerte de resignación con respecto al fenómeno creciente de la exclusión social, bastante rayana a la indiferencia. Fueron estas franjas de las clases medias las que arrancaron con el Frepaso y terminaron votando por la Alianza, cada vez con menos fe y escasa convicción, en una suerte de huída frenética hacia adelante. La experiencia, en mucho parte de una crónica de una muerte anunciada, tuvo un final conocido, y terminó por colocar a las clases medias progresistas próximas al vacío político-ideológico.

Ahora bien, las jornadas de diciembre de 2001 introdujeron un giro novedoso. Por un lado, replantearon el debate acerca del compromiso, a la vez político y social, de las clases medias argentinas, cuestionando la disociación típica de los '90. Por otro lado, generaron un espacio de cruce novedoso entre los distintos sectores de esas fragmentadas clases medias. Por último, volvieron a situar en el centro de la preocupación el rol articulador de las mismas.

Para terminar, tratemos de avanzar con uno -y sólo uno- de los elementos de este nuevo escenario que recoloca políticamente a las clases medias argentinas. Quisiéramos detenemos en la imagen del cruce social, pues consideramos que este elemento distintivo de las asambleas barriales no ha sido suficientemente subrayado. Con ello, nos referimos al hecho de que las asambleas barriales han sido, por encima del visible predominio de los sectores medios, un espacio marcado por una vocación por la diversidad social. Y quisiéramos volver sobre él porque creemos que la posibilidad de convertirse en una suerte de lugar de cruce y espacio de articulación de un conglomerado de actores sociales constituye todavía –y a pesar de todo- uno de los mayores desafíos del movimiento asambleario.

Pero, por todo lo que hemos venido diciendo, el cruce sin duda está lejos de constituir la matriz de una experiencia unificadora. Igualmente el tema no es menor si tenemos en cuenta que en nuestro país la modificación de las distancias sociales y el aumento de las desigualdades ha conllevado una fuerte y acelerada tendencia hacia la conformación de espacios de sociabilidad “homogéneos”, caracterizados por un clima del “entre nos”, en los cuales la confianza aparece como un rito que sólo se celebra entre “semejantes”. Como muestra emblemática de la planificada consolidación de espacios de sociabilidad homogéneos están los countries y barrios privados, que no por azar han tenido una gran expansión durante la década menemista.

En realidad, el cruce como lugar de expresión de la diversidad reenvía también, no sólo a una cuestión de dinámica interna, sino a las demandas de vinculación con otros actores movilizados y organizados, entre ellos piqueteros, trabajadores de fábricas recuperadas, cartoneros, entre los más importantes. Así, las referencias “hacia adentro” han jugado un rol tan importante como las referencias “hacia afuera” del movimiento y, seguramente, un análisis exhaustivo de la dinámica asamblearia debería dar cuenta de los vínculos con “el otro”, en sus diferentes faces y matices.

De manera resumida, podemos decir que en los extremos del arco, están, por un lado, los piqueteros, en tanto actor social organizado, el cual constituye una suerte de oscuro objeto de deseo que encarna a la vez la imagen viva de la diversidad como de la fragmentación, y al que se invoca en repetidas oportunidades como una suerte de modelo. En suma, lo cierto es que los piqueteros- diferencias mediante-, en tanto actor social organizado, presentan una consistencia propia, más allá de la buena voluntad de los asambleístas. En el otro extremo, están los cartoneros, suerte de no-actor social, reflejada por su condición de marginal lumpenizado, ante el cual las clases medias tienden a desarrollar una misión asistencialista y, en muchos casos, una vocación a todas luces pedagógica.

Sin embargo, más allá del tipo de vínculo –conflictivo o cooperativo, según los casos- que se establezca con unos y con otros, en las horas difíciles, los asambleístas han estado entre los primeros en manifestar activamente su compromiso y su solidaridad tanto para con las fábricas tomadas, para con los piqueteros asesinados, o aún para con los llamamientos de algunos dirigentes políticos y sindicales al “que se vayan todos”.

En definitiva, que el escenario político y social todavía continúe abierto ha dependido en parte de esa respuesta solidaria y de la rapidez en la movilización que han manifestado en todo momento y en todo lugar los asambleístas, independientemente de las dificultades de la definición de un eje común en el proceso de construcción interna.³

³ Mientras escribimos estas páginas una llamada telefónica nos advierte que la fábrica Brukman acaba de ser allanada. La persona que está del otro lado del teléfono, un militante antiglobalización que participa de una asamblea barrial de la Capital me avisa que, como él, otros más, están estableciendo una cadena de solidaridad y llamando a la movilización. Horas más tarde, las distintas organizaciones sociales, entre ellos los asambleístas, que se hicieron presente en el lugar, impidieron la tercer tentativa de desalojo de los trabajadores de la fábrica Brukman.

Las experiencias de las asambleas barriales pusieron en acto, una vez más en la historia de nuestro país, las ambivalencias propias de las clases medias, pues si por un lado éstas han buscado potenciar espacios de articulación con otros actores sociales movilizados, por otro lado no es menos cierto que, más allá de las pujas interpartidarias o del primado de los saberes expertos, lo que parece vislumbrarse, nuevamente, es el riesgo que éstas tienen de naufragar en una suerte de vacío político-ideológico.